



Es bastante probable que —como aventuran varios de los autores convocados para este suplemento— la solemne repatriación de los restos del brigadier general Juan Manuel de Rosas se convierta, muy pronto, en una ceremonia anual más, en una cifra en el almanaque. Pero todos los actos simbólicos dan pie a diferentes lecturas que pueden devenir interpretaciones del presente, continuador de pasiones. Ese cruce de ideas —el que produce la vuelta de los restos del hombre a quien José Mármol le prometió: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá"— es el que buscó registrar ***Página/12****, con la colaboración del actual embajador argentino en Chile, Oscar Federico Spinosa Melo, el presidente del Fondo Nacional de las Artes, Oscar Sbarra Mitre, la investigadora Hilda Sábato, el periodista Horacio Verbitsky, y los escritores y ensayistas Juan José Sebreli, José Pablo Feinmann y David Viñas. Más allá de encuentros y diferencias, los despojos mortales del antiguo Restaurador de las Leyes (según unos) o El Tirano (según otros) tocaron ayer tierra argentina.*

JUAN MANUEL DE ROSAS

El polvo de sus huesos

BIEN Y/O MAL

Por David Viñas

A lo largo de muchas décadas la figura de Rosas fue identificada con el Mal: era *el otro*, "lo distinto" por definición, que se oponía tajantemente al Bien de la civilización. Y en este sentido Sarmiento fue el constructor más eficiente y notorio de esa *otredad* absoluta: Rosas bárbaro, Rosas demonio fundamental, y Rosas sinónimo de inmoralidad pero, sobre todo, de un peligro al que había que eliminar.

El invento certero de Rosas igual Mal por parte del intelectual más orgánico de los burgueses conquistadores argentinos catalizó, oportunamente servicial, a partir de aquel *Facundo* de 1845, verdadero "bandoneón apretado al máximo" hasta expresar el caracú ideológico de un entramado social. Porque no se entiende ese *tango esencial* del romanticismo argentino si no se tiene en consideración la secuencia de textos que intentaban decir algo análogo en los mismos años desde la perspectiva de Alberdi y de Vicente Fidel López, del Florencio Varela de Montevideo y *El Comercio del Plata*, de Rivera Indarte, del Mármol de *Amalia* o del Echeverría del *Matadero*. Una serie, entonces, con su emergente "genial". Dado que si alguna *genialidad* ostenta Sarmiento consiste en haber clavado su espada en el aleph del toro justo cuando la fisura histórica lo convocó.

Por eso el Bien de su libro más comentado consiste en la *producción* antagónica del Rosas "malvado y tan vil". Operación maniquea que le sirvió de estandarte y de justificación a Sarmiento y a los victorianos argentinos para demonizar e ir eliminando todo lo que sonara a bárbaro y maligno en este país y en sus alrededores: montoneros en La Rioja o en Entre Ríos, paraguayos en Humaitá, y mapuches en Río Negro o tobas a orillas del Pilcomayo y del Mburucuí.

Los grandes victorianos argentinos y su república de conciencias podían enunciar que hacia 1880 ese Mal emblematizado en Rosas y en su barbarie, y en sus flecos, inflexiones y secuencias había llegado a su fin:

—El Bien reina en Olta, Ñaembé y el Limay.

Y lo que nos interesa ahora: paulatinamente el Mal simbolizado por Rosas fue perdiendo espesor y, sobre todo, peligro. Valdría la pena en este sentido recorrer los diversos momentos de ese *revisionismo* inicial que va despojando a Rosas de su malignidad casi teológica. Se trata de otra serie inversa y complementaria de la producción negativa de Sarmiento: es un itinerario que si se abre con Adolfo Saldías allá por 1881 con su *Historia de Rosas y su época*, se prolonga en uno de los últimos libros de Mansilla y en los trabajos de Ernesto Quesada alrededor de 1900. La magna dicotomía de Sarmiento civilización/barbarie, mal/bien se iba invirtiendo. El emblema de Rosas disolvía su identificación con el peligro, y de manera consiguiente los montoneros eran rescatados en *La guerra gaucha* de Lugones, David Peña difumaba lo más negro de Facundo y hasta los indios empezaban a ser llevados a los altares mediante los signos de Ceferino Namuncurá.

—Los intelectuales vinculados al sistema, de fiscales se trocaban en chantres.

Pero, ¿por qué ese inicial blanqueo del mal de Rosas y sus aledaños? Relativamente simple: otro Mal con su peligrosidad anexa iba siendo construido por los *gentlemen* y sus ideólogos de turno: es que hacia el 1900 los "malones rojos" compuestos por anarquistas y socialistas de izquierda avanzaban *amenazadoramente* desde las "nuevas tolderías" que se alzaban en Barracas y en la Boca.

Para no abundar: si el Mal de la barbarie de 1845 fue liquidado en 1863 con el degüello del Chacho, el nuevo peligro representado por los inmigrantes indeseables sería conjurado alegóricamente en 1931 con el fusilamiento de Di Giovanni en la antigua cárcel de la calle Las Heras.

Correspondería preguntarse, ahora, en 1989, ¿por qué y con tanta fluidez y afiches copiosos el establishment actual blanquea definitivamente a Rosas? ¿Se acabó el Mal para la mirada oficial? Si queda ese espacio en disponibilidad, ¿cuál será el nuevo Mal que irán confeccionando los mismos ideólogos que han zurcido el regreso de los restos de Rosas, ese arcaico peligro que ya no alarma a nadie? Pero si hasta los de *La Nación* se muestran dispuestos a ser magnánimos. ¿Otros gauchos, acaso, paraguayos o indios barbarizados vendrán a ocupar ese rol y ese espacio que quedan vacíos? Desde ya que no. ¿Quizá de nuevo le van a aplicar a los "extranjeros indeseables" la Ley de Residencia de 1902? Tampoco. Podemos estar tranquilos los descendientes de bachichas, gallegos y moishes. El nuevo Mal no se encarna por esa vertiente.

¿Y por dónde, entonces, se materializa la nueva amenaza de reemplazo de la vetusta e inocua peligrosidad de Rosas? ¿Qué Mal concretamente no entra en la racionalidad (ni en los negocios) de los actuales *gentlemen* argentinos de 1989? ¿Qué inédito demonio necesitan conjurar? ¿Cuál servirá para justificar su nueva ideología y sus planes?

Moderadamente sugiero, por ahora, que leamos con atención lo que día a día van enunciando "los nuevos intelectuales orgánicos" a través de la televisión.



¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

El Batallon 3.° de Patricios de Infanteria de Buenos Aires

A LA S.ra D.a MANUELITA DE ROSAS Y EZCURRA,

En su feliz cumple años el 24 del mes de América de 1842.

1839
MARZO 31
Completo triunfo de Pago-Largo sobre las hordas inmundas del salvaje unitario, traidor Berón de Astrada.

1840
NOVIEMBRE 28
Espléndido y glorioso triunfo del Quebrachito sobre el feroz cabecilla y salvaje unitario Juan Lavalle.

1841
SETIEMBRE 19
Derrota final del impío, feroz y salvaje unitario Juan Lavalle, en el Río Colorado, provincia de Tucumán.

1841
SETIEMBRE 24
Memorable triunfo obtenido en el Rodeo del Medio, provincia de Mendoza, sobre los restos impuros de los salvajes unitarios, capitaneados por el insigne traidor, emvilecido pikon La-Madrid.

1842
Escarmiento del infame y cobarde pelafustán Mascarilla, en la provincia de Santa Fe.

1793
MARZO 30
Día feliz del nacimiento de S. E. Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes a las doce horas y cinco minutos de la noche.

1820
ABRIL 13
Primera Restauración de las Leyes por el Coronel del Quinto Regimiento de Campaña, Sr. D. Juan Manuel de Rosas.

1829
AGOSTO 24
Segunda Restauración de las Leyes, por el Comandante General de Campaña, Coronel D. Juan Manuel de Rosas.

1833
MARZO 9
Memorable Expedición al desierto bajo la acertada dirección del Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

Coro
Cantemos Patricios
todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dió!
1ª
Manuelita Bella,
Nacer te miró
El Mayo que glorias
a América dio.
Su sol te saluda
Gozoso y risueño
Mirando halagüeño
Su hija idolatrada,
Que hoy es adorada
Del pueblo porteño
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dio!
2ª
Las Gracias envidian
Tu aire placentero
Mirando con ceño
Tu talle hechicero.
Al cielo sus quejas
Elevando airadas,
Piden ser vengadas:
Mas el sol de Mayo,
Fulmina sus rayos
y quedan burladas
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dio!
3ª
Madre afortunada
Que del alto Cielo
A tu Manuelita
Miras con anhelo
No turbe la pena
Tu feliz morada:
Tu hija idolatrada
Imita a su madre
Y de un tierno padre
Está acompañada
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
Que Mayo nos dio!
4ª
Doncellas hermosas
Del plateado río
Unid vuestro canto
A la par del mío
Saludad gozozas
A la más Bonita;
Su día os incita
A decir cantando
Y orgullo ostentando,
¡Viva MANUELITA!

LA OTRA TUMBA

Por José Pablo Feinmann

P*or qué no lo trajo Uriburu?* Porque Uriburu era —y sobre todo lo era para los historiadores revisionistas— la encarnación presente de Rosas. Pero traerlo, ¿para qué? A Uriburu no le venía mal la lejanía de Rosas. Desde el pasado, el Restaurador legitimaba al golpista del '30 como la sombra negada y fuerte cuya fuerza era necesario aplicar ahora a la conducción de la República. Traerlo, para Uriburu, hubiera sido un exceso, una superposición de hombres fuertes, un abundamiento perjudicial, ante todo, para él, para Uriburu, ya que él era Rosas, ya que él era el hombre fuerte, ya que él haría la *dictadura trascendental* que Carlos Ibarguren había encontrado en Rosas y reclamaba en el presente, ya que él, Uriburu, era el hombre de la espada anunciado por Lugones, ya que él sería el Restaurador de los valores morales desquiciados por la "demagogia yrigoyenista". Si él, entonces, era Rosas, ¿para qué traerlo? De este modo, Uriburu, al encarnarlo, requería la lejanía, el destierro de Rosas, la vigencia de la maldición de Mármol: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá".

¿Por qué no lo trajo Perón? Porque Perón no se metió con nuestras contiendas historiográficas, con nuestro pasado irresuelto. Pragmático y sarcástico, solía decir: "Bastantes problemas tengo con los vivos. ¿Para qué me voy a meter con los muertos?" Y, en efecto, no se metió. Los ferrocarriles nacionalizados llevaron los nombres de los héroes de la historiografía liberal. De los que habían tramado con las líneas ferroviarias un país centralista y macrocefálico. Se llamaron, los ferrocarriles, Mitre, Sarmiento, Roca. Nada que ver con el revisionismo. Sólo en algún pasaje de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* habla Perón de una línea anglosajona y de una línea hispánica en nuestra historia, atribuyéndole a la primera, claro está, la causa de todas nuestras perversiones.

¿Por qué no lo trajo Frondizi? Porque Rosas jamás entró en los laberintos de su pragmatismo político, ese pragmatismo que le ganó el mote excesivo, por lo laudatorio, de "Maquiavelo". En suma: Frondizi no lo trajo porque nunca se le presentó la oportunidad de *negociar* su regreso. Si a cambio de ese regreso hubiese alguna vez obtenido algo, Rosas, en medio de oscurísimas y bastardas negociaciones, hubiera vuelto con Frondizi. No fue así.

¿Por qué no lo trajo Onganía? Porque Onganía era un tenaz dictador como Uriburu, y también era un "hombre fuerte" que no quería sombras, pero no era un fascista. O sí: lo era, pero no en el estilo claro y directo de Uriburu. Era un general cursillista, un socio menor del Pentágono, un agente de la Seguridad Nacional. Era, coherentemente, un militar al servicio de la oligarquía liberal argentina, que detesta a Rosas y es la que custodia el cumplimiento de la *maldición* de Mármol. ¿Cómo habría entonces de inquietarla Onganía con los huesos del Restaurador? Además —y he aquí el motivo esencial— traer a Rosas, para Onganía, hubiera sido abrir el espacio histórico-político para traerlo a Perón, y esto, durante los años sesenta, era tan impensable para el país burgués que produjo la célebre frase de Cooke: "El peronismo es el hecho maldito del país burgués". Y Rosas seguía siendo el hecho maldito de la historia argentina.

¿Por qué no lo trajo Lanusse? Porque el regreso que desvelaba a Lanusse era otro. No el de Rosas, sino el de Perón. Y Rosas ni siquiera le hubiera servido para abrir el espacio del regreso de Perón, ya que este regreso, el de Perón, era tan esencial para Lanusse, hasta tal punto ocupaba el centro de su estrategia política, que nada lo hubiera llevado a opacarlo con otro. En suma, Lanusse gobernó para *negociar* el regreso de Perón, para acabar con *este* hecho maldito, y no con el que maldijo Mármol.

¿Por qué no lo trajo el Perón herbívoro del '73? Porque Perón seguía sin querer meterse con los muertos. Y porque, en verdad, tenía demasiados problemas con los vivos en el '73. Porque Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubiera sido un estruendo más en un país sacudido a diario por estruendos innumerables. Porque Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubiera despertado furiosas polémicas. Hubiera activado los odios, la dialéctica entre la sangre y la venganza por la sangre derramada; en suma: la violencia. Porque a Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubieran ido a recibirlo los Montoneros y el Comando de Organización. Y si el regreso de Perón había producido *Ezeiza*, ¿qué no produciría el de Rosas? De modo que Rosas debía seguir allí, infamado en Southampton, no por la maldición de Mármol ahora, sino por la Argentina caliente y violenta del '73, ya que esta Argentina no podía permitirse *dos* regresos. Sólo con el de Perón había corrido ya *demasiada* sangre. Pero, en su forma caótica y letal, esa Argentina del '73 hubiera recibido a Rosas con algo impensable en este regreso de hoy: lo hubiera recibido en medio de una vorágine de ideas, discutiendo, polemizando. Lo hubiera recibido con pasión. Lo hubiera recibido desde diversos y antagónicos espacios políticos que se abrían interminablemente.

¿Por qué no lo trajo Videla? Porque Videla, como Onganía, fue el brazo armado de la oligarquía liberal y financiera, un socio menor del Pentágono, un agente de la Seguridad Nacional. Y porque el "Proceso de reorganización nacional", en medio de sus mortíferos y grandilocuentes desvaríos, se llamó así porque se imaginó como una nueva generación del '80, y si aquéllos habían hecho la "organización nacional", éstos harían la "reorganización". Pero ninguno traería a Rosas, ya que los "reorganizadores" asumirían la maldición de Mármol con tanta convicción como quienes, según ellos, los habían prefigurado, es decir: como los organizadores del '80. Y, en fin, porque el general Jorge Rafael Videla y sus ideólogos no pensaban en Rosas cuando decían que la derrota de la "subversión apátrida" tenía el mismo valor fundacional que la expedición al desierto. Pensaban en Roca, el brazo armado de la generación del '80.

¿Por qué no lo trajo Alfonsín? Porque este abogado de Chascomús es, ante todo y después de todo, esto, es decir: un abogado de Chascomús, lugar del que surgió la rebelión antirrosista de "los libres del sur", esos ganaderos disconformes. Y porque los radicales entienden poco y mal las cuestiones profundas del siglo XIX en la Argentina. Para ellos, todo empieza con la caída de Yrigoyen y el golpe de Uriburu. Y cuando hablan del siglo XIX... balbucean obedientemente la dogmática escolar. Se prefiguran en Sarmiento, tan modernizador él, en el siglo XIX, como imaginaron serlo ellos en el XX. Así, lineales, dogmáticos, obsecuentes, mantienen la maldición de Mármol. ¿Por qué, entonces, estos demócratas habrían de traer a Rosas? En noviembre de 1984, en la revista *Humor*, publiqué una larga nota con un título explícito: "¿Habrá democracia para Rosas?" No la hubo.

¿Qué Rosas vuelve? ¿El proteccionista de la Ley de Aduanas de 1835? ¿El que, según Sarmiento, hacía "el mal sin pasión"? ¿El que, según Alberdi, representó, tal como lo habían representado Moreno y Rivadavia y tal como lo representarían Mitre y Sarmiento, el centralismo porteño, el poder de la Aduana, la "ambición ininteligente de Buenos Aires"? ¿El señor feudal? ¿El patrón paternal y precapitalista? ¿El héroe de la Vuelta de Obligado?

¿Por qué lo trae Menem? Porque Rosas, el maldecido, le servirá para terminar con todas las maldiciones. De este modo, entre la compleja trama de la *unidad nacional*, es necesario que Rosas vuelva para que los comandantes salgan. Si se elimina el *espacio de la maldición* —y el retorno de Rosas es imprescindible para esto— se abre el *espacio del indulto*.

¿Qué ocurrirá? Nada. Habrá actos oficiales. Algún cura dirá algo. Y luego lo enterrarán otra vez. Hoy, la historia se hace como Sarmiento decía que Rosas hacía el mal, sin pasión. Hoy, Rosas no avivará las polémicas ni agitará las ideas. El país que lo recibe —inmenso en la tibieza, en la incertidumbre y hasta en la impavidez— no ha generado aún espacios políticos diferenciados ni una praxis intelectual capaz de enfrentar la inagotable complejidad histórica y política del infamado de Southampton. La maldición de Mármol ha concluido.

JUAN MANUEL DE ROSAS

El polvo de sus huesos

BIEN Y/O MAL

Por David Viñas

A lo largo de muchas décadas la figura de Rosas fue identificada con el Mal: era *el otro*, "lo distinto" por definición, que se oponía tajantemente al Bien de la civilización. Y en este sentido Sarmiento fue el constructor más eficiente y notorio de esa *otredad* absoluta: Rosas bárbaro, Rosas demonio fundamental, y Rosas sinónimo de inmoralidad pero, sobre todo, de un peligro al que había que eliminar.

El invento certero de Rosas igual Mal por parte del intelectual más orgánico de los burgueses conquistadores argentinos catalizó, oportunamente servicial, a partir de aquel *Facundo* de 1845, verdadero "bandoneón apretado al máximo" hasta expresar el caracú ideológico de un entramado social. Porque no se entiende ese *tango esencial* del romanticismo argentino si no se tiene en consideración la secuencia de textos que intentaban decir algo análogo en los mismos años desde la perspectiva de Alberdi y de Vicente Fidel López, del Florencio Varela de Montevideo y *El Comercio del Plata*, de Rivera Indarte, del Mármol de *Amalia* o del Echeverría del *Matadero*. Una serie, entonces, con su emergente "genial". Dado que si alguna *genialidad* ostenta Sarmiento consiste en haber clavado su espada en el aleph del toro justo cuando la fisura histórica lo convocó.

Por eso el Bien de su libro más comentado consiste en la *producción* antagónica del Rosas "malvado y tan vil". Operación maniquea que le sirvió de estandarte y de justificación a Sarmiento y a los victorianos argentinos para demonizar e ir eliminando todo lo que sonara a bárbaro y maligno en este país y en sus alrededores: montoneros en La Rioja o en Entre Ríos, paraguayos en Humaitá, y mapuches en Río Negro o tobas a orillas del Pilcomayo y del Mburucuí.

Los grandes victorianos argentinos y su república de conciencias podían enunciar que hacia 1880 ese Mal emblematizado en Rosas y en su barbarie, y en sus flecos, inflexiones y secuencias había llegado a su fin:

—El Bien reina en Olta, Ñaembé y el Limay.

Y lo que nos interesa ahora: paulatinamente el Mal simbolizado por Rosas fue perdiendo espesor y, sobre todo, peligro. Valdría la pena en este sentido recorrer los diversos momentos de ese *revisionismo* inicial que va despojando a Rosas de su malignidad casi teológica. Se trata de otra serie inversa y complementaria de la producción negativa de Sarmiento: es un itinerario que si se abre con Adolfo Saldías allá por 1881 con su *Historia de Rosas y su época*, se prolonga en uno de los últimos libros de Mansilla y en los trabajos de Ernesto Quesada alrededor de 1900. La magna dicotomía de Sarmiento civilización/barbarie, mal/bien se iba invirtiendo. El emblema de Rosas disolvía su identificación con el peligro, y de manera consiguiente los montoneros eran rescatados en *La guerra gaucha* de Lugones, David Peña difumaba lo más negro de Facundo y hasta los indios empezaban a ser llevados a los altares mediante los signos de Ceferino Namuncurá.

—Los intelectuales vinculados al sistema, de fiscales se trocaban en chantres.

Pero, ¿por qué ese inicial blanqueo del mal de Rosas y sus aledaños? Relativamente simple: otro Mal con su peligrosidad anexa iba siendo construido por los *gentlemen* y sus ideólogos de turno: es que hacia el 1900 los "malones rojos" compuestos por anarquistas y socialistas de izquierda avanzaban *amenazadoramente* desde las "nuevas tolderías" que se alzaban en Barracas y en la Boca.

Para no abundar: si el Mal de la barbarie de 1845 fue liquidado en 1863 con el degüello del Chacho, el nuevo peligro representado por los inmigrantes indeseables sería conjurado alegóricamente en 1931 con el fusilamiento de Di Giovanni en la antigua cárcel de la calle Las Heras.

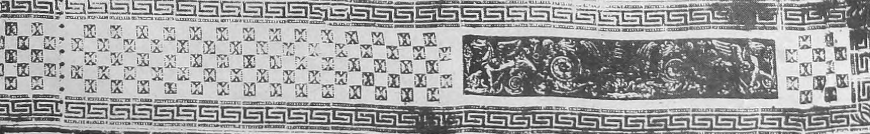
Correspondería preguntarse, ahora, en 1989, ¿por qué y con tanta fluidez y afiches copiosos el establishment actual blanquea definitivamente a Rosas? ¿Se acabó el Mal para la mirada oficial? Si queda ese espacio en disponibilidad, ¿cuál será el nuevo Mal que irán confeccionando los mismos ideólogos que han zurcido el regreso de los restos de Rosas, ese arcaico peligro que ya no alarma a nadie? Pero si hasta los de *La Nación* se muestran dispuestos a ser magnánimos. ¿Otros gauchos, acaso, paraguayos o indios barbarizados vendrán a ocupar ese rol y ese espacio que quedan vacíos? Desde ya que no. ¿Quizá de nuevo le van a aplicar a los "extranjeros indeseables" la Ley de Residencia de 1902? Tampoco. Podemos estar tranquilos los descendientes de bachichas, gallegos y moishes. El nuevo Mal no se encarna por esa vertiente.

¿Y por dónde, entonces, se materializa la nueva amenaza de reemplazo de la vetusta e inocua peligrosidad de Rosas? ¿Qué Mal concretamente no entra en la racionalidad (ni en los negocios) de los actuales *gentlemen* argentinos de 1989? ¿Qué inédito demonio necesitan conjurar? ¿Cuál servirá para justificar su nueva ideología y sus planes?

Moderadamente sugiero, por ahora, que leamos con atención lo que día a día van enunciando "los nuevos intelectuales orgánicos" a través de la televisión.

Es bastante probable que —como aventuran varios de los autores convocados para este suplemento— la solemne repatriación de los restos del brigadier general Juan Manuel de Rosas se convierta, muy pronto, en una ceremonia anual más, en una cifra en el almanaque. Pero todos los actos simbólicos dan pie a diferentes lecturas que pueden devenir interpretaciones del presente, continuador de pasiones. Ese cruce de ideas —el que produce la vuelta de los restos del hombre a quien José Mármol le prometió: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá"— es el que buscó registrar ***Página/12****, con la colaboración del actual embajador argentino en Chile, Oscar Federico Spinosa Melo; el presidente del Fondo Nacional de las Artes, Oscar Sbarra Mitre, la investigadora Hilda Sábato, el periodista Horacio Verbitsky, y los escritores y ensayistas Juan José Sebreli, José Pablo Feinmann y David Viñas. Más allá de encuentros y diferencias, los despojos mortales del antiguo Restaurador de las Leyes (según unos) o El Tirano (según otros) tocaron ayer tierra argentina.*







¡VIVA LA CONFEDE

MUERAN LOS S

El Batallon 3.° de Patricios

A LA S.ra D.a MANUELIT

En su feliz cumple años

Ni santo ni demonio

Por Oscar Spinosa Melo

En esencia, la determinación del actual gobierno de repatriar los restos de Juan Manuel de Rosas significa poner fin a la historia oficial. Naturalmente, esta ruptura provocó y va a seguir provocando una suerte de reaparición del debate revisionista que, tal como lo definió Tulio Halperín Donghi, apunta casi exclusivamente a discutir si Rosas era buena o mala persona.

Y me parece que la cuestión es otra. Rosas vivió en un tiempo en que las crueldades eran, por desgracia, moneda corriente, y tuvo que hacer frente a esa etapa de la historia argentina, cuyo relato posterior no le fue benévolo. Así, por sobre su capacidad para resistir el asedio de las potencias —Gran Bretaña y Francia— que intentaban avasallar a la Nación, predominó su aparente condición de asesino de masas y responsable de la Primera Tiranía. Si había que reconocerle una virtud, su honestidad era admitida a regañadientes. Cuando le llegó la hora del exilio —frecuentada por la mayor parte de nuestros próceres— Rosas eligió Southampton, en Inglaterra, su antigua tierra enemiga. Hasta esto fue leído como símbolo de traición. La historia oficial prefirió ignorar que Rosas siempre respetó a sus enemigos y que la elección de Gran Bretaña se explica en un motivo mucho más sencillo que la traición o la entrega: Rosas siempre sintió —se puede leer en su correspondencia privada— afinidad con el pueblo inglés, flemático y reflexivo y frío como él.

Este regreso muestra claramente muchas cosas. Muestra que Juan Manuel de Rosas no fue ni santo ni demonio. Muestra que fue un producto de su época y, por sobre todas las cosas, muestra que la intolerancia que ha perturbado la vida nacional durante más de cien años está comenzando a terminar. Es en esto que Rosas —el regreso de su cuerpo— se convirtió en un símbolo de la Argentina próxima.

REQUIEM PARA UN REGRESO

Por Oscar Sbarra Mitre

La muerte, como bien se sabe, es el final de lo individual, pero, casi siempre, resulta, paradojalmente, un componente inicial en ciertas etapas del devenir comunitario. La "antropofagia histórica" —que convendría bautizar como "historiofagia"— casi nunca se compagina con una buena digestión, razón por la cual Cronos, al igual que la bíblica ballena de Jonás, conserva vivos en su interior a aquellos que la crueldad sectorial pretende extirpar definitivamente de la memoria popular.

Los argentinos somos —seguramente por desgracia— "expertos" en el tema de la necrofilia. Quizá ninguna historia en el mundo asigne papeles tan protagónicos a los cadáveres y restos como la nuestra. Restos y cadáveres que son, en definitiva, tratados casi reverencialmente, porque ni siquiera parece existir el coraje y/o la decisión de "devorar el enemigo", y así éste prosigue atormentando las conciencias "sucias" desde más allá de su existencia terrenal. Un "animismo" que unos y otros sostienen en el común empeño de lograr que la memoria obstruya el futuro, que el pasado se cuelgue, como contrapeso insalvable, del presente, para impedir que éste desemboque en el destino.

Anatemas, ultrajes y maldiciones —desde la exégesis literal de aquel "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá" acuñado en el protegido "exilio" montevideano, hasta las manos cercenadas del último Conductor de los argentinos—, se descargaron impiadosas sobre los despojos mortales de quienes osaron alzarse contra los duros dictámenes de la dependencia, poniéndose al frente de un pueblo indoblegable en su lucha por la Liberación Nacional y Social. El juego dialéctico de los opuestos acentuó las contraposiciones al punto de fortalecer las figuras de los muertos cada vez que el ataque a ellos recrudecía. Y la síntesis debía llegar por la vía del rechazo a la versión maniquea de la Historia.

Porque la verdad se reparte en ambos platillos de la balanza. Y así como hoy nadie puede, legítimamente al menos, desconocer la defensa acérrima de la soberanía practicada por el "ilustre Restaurador de las Leyes", ni el punto de inflexión para la trayectoria de las mujeres y los desamparados que significó la "Abanderada de los humildes", ni la dignidad que trajo el "Líder de los trabajadores", tampoco es admisible, por la comunidad argentina actual, la erradicación de aquellos que, desde la vereda de enfrente, forman parte sustancial e insustituible de la historia de este pueblo.

La mentada Unidad Nacional —que todos anhelamos, aunque, cabe reconocerlo, no desde el mismo enfoque— pasa por la memoria no selectiva, el rechazo de la "amnesia parcializada", el reconocimiento de que el bien y el mal coexistieron siempre y, a veces, se cimentaron recíprocamente, como aquel legendario adobe que recoge materiales "non sancto" entre sus componentes, pero a los cuales la finalidad reivindica. Es, en definitiva, el asumirse con plenitud para los individuos y las sociedades, no asignando las equivocaciones a determinados chivos expiatorios, en virtud de un proceso no enteramente ético —ni justificado, siquiera, por la necesidad de la misma supervivencia— del lavado de las propias culpas, como quien "blanquea" su declaración fiscal.

Claro que esto no es sino el resultado de la grandeza. Algo que, como hemos sostenido en más de una oportunidad, no es el mero agregado de una multitud de pequeñeces, porque la grandeza implica una dimensión esencial y cualitativamente diferente de la pequeñez, tal como la trascendente supone una instancia superadora de lo inmanente y coyuntural. Y por ello no está al alcance del común de los mortales... ni constituye una herramienta tradicional entre los políticos.

Conducir es marcar el camino a todos, amigos y adversarios, los unos y los otros. Es mucho más que dirigir, por cuanto el dirigente encabeza únicamente a los suyos. El Conductor, en cambio, no sólo está al frente del conjunto en un determinado momento de la historia, sino que también se encuentra sobre el pasado y el presente, para sintetizarlos armónicamente, cohesionando —incluso a través del tiempo— a la sociedad para desembarcar en el porvenir.

Ahora quizás se entienda el porqué del aquí y ahora, el sentido de una decisión, la maduración de una instancia cuyas raíces temporales reconocen más de siglo y medio de existencia. La grandeza necesaria para convertir el odio secular en semilla de unión verdadera. No es el silencio que asesina a la memoria, ni el perdón que oculta las disidencias como la tierra bajo la alfombra, porque ambas cosas son la secuela de la mezquindad. Es, por el contrario, la adultez de colocar las discrepancias sobre el tapete y asumirlas sin que ellas dificulten el imprescindible trabajo conjunto para que el barco no naufrague.

Si, la Historia es un juego maléfico —aunque sea sólo en el corto plazo—, pero, tal como lo marca el documento bíblico, la Justicia será la encargada de escribir su última página. Mientras tanto es la sabiduría moral la que habrá de asegurar la "paridad ante los jueces". Dios se ha encargado de enseñarlo en más de una oportunidad. Vale la pena aprenderlo.

DE URQUIZA A CARL

Por Horacio Verbitsky

Sólo dos esperanzas mitigaron sus 25 años de exilio: que le restituyeran sus propiedades y que "en mi Patria se reconozca y acuerde *por el gobierno* la justicia debida a mis servicios". Para que ello ocurriera hubieron de transcurrir otros 112 años, que sus restos pasaron en el cementerio católico de Southampton, en "una sepultura moderada, sin lujo de clase alguna, pero sólida, decente y segura", como Juan Manuel Ortiz de Rozas y López mandó en su testamento.

Sus ilusiones políticas descansaban en Urquiza, el compañero desleal que una vez después de derrocarlo le mandó mil libras. Pero su ingenuidad se detenía allí, y nunca fabuló volver a San Benito, en ese Palermo que cantó sus glorias con cadencias africanas. Cuando sus amigos planeaban el retorno, los desautorizó: él, que jamás había conspirado, que llegó al poder sin proponérselo, sólo porque no pudo evitarlo, porque no se elige ser un caudillo, no se prestaría como bandera en una conjura "contra las autoridades de mi país".

Del país al que ayer regresó había salido luego de Caseros, el 3 de febrero de 1852, con unos pocos pesos. Por suerte el *Conflict*, con una caldera averiada, recaló en Bahía; un sastre brasileño subió al barco y lo vistió. De otro modo, ¿cómo hubiera podido recibir la salva de cañonazos que al llegar a Plymouth saludó al Restaurador de las Leyes? Cargaba consigo baúles misteriosos, propicios a la leyenda: allí iban sus papeles, todos los documentos que más tarde permitieron reconstruir los años de su gobierno. En Inglaterra vivió temeroso de que le robaran esos sus únicos tesoros, porque había entendido como nadie el valor de la información. Cada vez que crujía una puerta, al primer ladrido de sus perros Soto y Gulót, empuñaba sus pistolas fierro del Tucumán para recibir al intruso.

En la Legislatura de Buenos Aires sus enemigos unitarios habían vuelto al poder por la inesperada alianza con Urquiza. Gobernaba la provincia Vicente López y Planes, viejo juez rosista, autor de coplas obsecuentes. Su mano, guiada por Valentín Alsina, firmó el decreto de confiscación. Urquiza intercedió por su viejo amigo "arrojado al otro hemisferio y reducido a implorar asilo en país extraño". Cansado de los doctores, el general Urquiza terminó por disolver la Legislatura y anular la confiscación. Sólo hubo tiempo para vender la estancia San Martín, por cien mil pesos fuertes. Una vez que acabó con Rosas, el brazo de Urquiza había dejado de ser necesario. Ninguno de los dos bárbaros merecían vivir en la Nueva Atenas. Un cuartelazo empujó a Urquiza y "los 13 ranchos" hasta Paraná y reimplantó la confiscación sobre los bienes de Rosas. Por un lado Buenos Aires, por otro la Confederación.

En 1853 se instaló en *Rockstone House*, en el centro de Southampton, y arrendó *Burgess Farm*, a cinco kilómetros de la ciudad. Aceptó de pésimo humor el casamiento de Manuelita, de 36 años, con su eterno novio Máximo Terrero, pero no concurrió a la boda ni quiso aceptarlos más a su lado, salvo una visita anual. Los tres ranchos de *Burguess Farm*, que techó con paja y cicuta, blanqueados por fuera y con un pequeño jardín al frente, semejaban una estancia bonaerense, con sus galpones, corrales, bebederos, enramada, palenque y la escalera fija en el alero para mirar a los animales en el crepúsculo: unas pocas vacas, cabras, ovejas, cerdos y gallinas, desparramados entre una buena arboleda y algunas cuadras sembradas.

Rosas salía a las siete a recorrer sus tierras en una yegua domada por su mano. Sus peones cobraban salario doble y el anciano se jactaba de que rendían más que los de cualquier propietario inglés "porque yo levanto la azada a la par que ellos". Las manos callosas eran su mayor vanagloria. A menudo, en un torpe inglés con el que sólo transigía su criada Mary Ann, procuraba persuadir a los peones de las ventajas del mate sobre el té. Hasta el final se mantuvo ágil y robusto, con la frente despoblada de pelo. Sobre la camisa, chaleco de piel y pañuelo, se echaba un poncho de vicuña comprado en 1817. Calzaba



¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

El Batallon 3.° de Patricios de Infanteria de Buenos Aires

A LA S.ta D.a MANUELITA DE ROSAS Y EZCURRA,

En su feliz cumple años 24 del mes de América de 1842.

Ni santo ni demonio

Por Oscar Spinosa Melo

En esencia, la determinación del actual gobierno de repatriar los restos de Juan Manuel de Rosas significa poner fin a la historia oficial. Naturalmente, esta ruptura provocó y va a seguir provocando una suerte de reaparición del debate revisionista que, tal como lo definió Tulio Halperín Donghi, apunta casi exclusivamente a discutir si Rosas era buena o mala persona.

Y me parece que la cuestión es otra. Rosas vivió en un tiempo en que las crueldades eran, por desgracia, moneda corriente, y tuvo que hacer frente a esa etapa de la historia argentina, cuyo relato posterior no le fue benévolo. Así, por sobre su capacidad para resistir el asedio de las potencias —Gran Bretaña y Francia— que intentaban avasallar a la Nación, predominó su aparente condición de asesino de masas y responsable de la Primera Tiranía. Si había que reconocerle una virtud, su honestidad era admitida a regañadientes. Cuando le llegó la hora del exilio —frecuentada por la mayor parte de nuestros próceres— Rosas eligió Southampton, en Inglaterra, su antigua tierra enemiga. Hasta esto fue leído como símbolo de traición. La historia oficial prefirió ignorar que Rosas siempre respetó a sus enemigos y que la elección de Gran Bretaña se explica en un motivo mucho más sencillo que la traición o la entrega: Rosas siempre sintió —se puede leer en su correspondencia privada— afinidad con el pueblo inglés, flemático y reflexivo y frío como él.

Este regreso muestra claramente muchas cosas. Muestra que Juan Manuel de Rosas no fue ni santo ni demonio. Muestra que fue un producto de su época y, por sobre todas las cosas, muestra que la intolerancia que ha perturbado la vida nacional durante más de cien años está comenzando a terminar. Es en esto que Rosas —el regreso de su cuerpo— se convirtió en un símbolo de la Argentina próxima.

REQUIEM PARA UN REGRESO

Por Oscar Sbarra Mitre

La muerte, como bien se sabe, es el final de lo individual, pero, casi siempre, resulta, paradojalmente, un componente inicial en ciertas etapas del devenir comunitario. La "antropofagia histórica" —que convendría bautizar como "historiofagia"— casi nunca se compagina con una buena digestión, razón por la cual Cronos, al igual que la bíblica ballena de Jonás, conserva vivos en su interior a aquellos que la crueldad sectorial pretende extirpar definitivamente de la memoria popular.

Los argentinos somos —seguramente por desgracia— "expertos" en el tema de la necrofilia. Quizá ninguna historia en el mundo asigne papeles tan protagónicos a los cadáveres y restos como la nuestra. Restos y cadáveres que son, en definitiva, tratados casi reverencialmente, porque ni siquiera parece existir el coraje y/o la decisión de "devorar el enemigo", y así éste prosigue atormentando las conciencias "sucias" desde más allá de su existencia terrenal. Un "animismo" que unos y otros sostienen en el común empeño de lograr que la memoria obstruya el futuro, que el pasado se cuelgue, como contrapeso insalvable, del presente, para impedir que éste desemboque en el destino.

Anatemas, ultrajes y maldiciones —desde la exégesis literal de aquel "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá" acuñado en el protegido "exilio" montevideano, hasta las manos cercenadas del último Conductor de los argentinos—, se descargaron impiadosas sobre los despojos mortales de quienes osaron alzarse contra los duros dictámenes de la dependencia, poniéndose al frente de un pueblo indoblegable en su lucha por la Liberación Nacional y Social. El juego dialéctico de los opuestos acentuó las contraposiciones al punto de fortalecer las figuras de los muertos cada vez que el ataque a ellos recrudecía. Y la síntesis debía llegar por la vía del rechazo a la versión maniquea de la Historia.

Porque la verdad se reparte en ambos platillos de la balanza. Y así como hoy nadie puede, legítimamente al menos, desconocer la defensa acérrima de la soberanía practicada por el "ilustre Restaurador de las Leyes", ni el punto de inflexión para la trayectoria de las mujeres y los desamparados que significó la "Abanderada de los humildes", ni la dignidad que trajo el "Líder de los trabajadores", tampoco es admisible, por la comunidad argentina actual, la erradicación de aquellos que, desde la vereda de enfrente, forman parte sustancial e insustituible de la historia de este pueblo.

La mentada Unidad Nacional —que todos anhelamos, aunque, cabe reconocerlo, no desde el mismo enfoque— pasa por la memoria no selectiva, el rechazo de la "amnesia parcializada", el reconocimiento de que el bien y el mal coexistieron siempre y, a veces, se cimentaron recíprocamente, como aquel legendario adobe que recoge materiales "non sancto" entre sus componentes, pero a los cuales la finalidad reivindica. Es, en definitiva, el asumirse con plenitud para los individuos y las sociedades, no asignando las equivocaciones a determinados chivos expiatorios, en virtud de un proceso no enteramente ético —ni justificado, siquiera, por la necesidad de la misma supervivencia— del lavado de las propias culpas, como quien "blanquea" su declaración fiscal.

Claro que esto no es sino el resultado de la grandeza. Algo que, como hemos sostenido en más de una oportunidad, no es el mero agregado de una multitud de pequeñeces, porque la grandeza implica una dimensión esencial y cualitativamente diferente de la pequeñez, tal como la trascendente supone una instancia superadora de lo inmanente y coyuntural. Y por ello no está al alcance del común de los mortales... ni constituye una herramienta tradicional entre los políticos.

Conducir es marcar el camino a todos, amigos y adversarios, los unos y los otros. Es mucho más que dirigir, por cuanto el dirigente encabeza únicamente a los suyos. El Conductor, en cambio, no sólo está al frente del conjunto en un determinado momento de la historia, sino que también se encuentra sobre el pasado y el presente, para sintetizarlos armónicamente, cohesionando —incluso a través del tiempo— a la sociedad para desembarcar en el porvenir.

Ahora quizás se entienda el porqué del aquí y ahora, el sentido de una decisión, la maduración de una instancia cuyas raíces temporales reconocen más de siglo y medio de existencia. La grandeza necesaria para convertir el odio secular en semilla de unión verdadera. No es el silencio que asesina a la memoria, ni el perdón que oculta las disidencias como la tierra bajo la alfombra, porque ambas cosas son la secuela de la mezquindad. Es, por el contrario, la adultez de colocar las discrepancias sobre el tapete y asumirlas sin que ellas dificulten el imprescindible trabajo conjunto para que el barco no naufrague.

Sí, la Historia es un juego maléfico —aunque sea sólo en el corto plazo—, pero, tal como lo marca el documento bíblico, la Justicia será la encargada de escribir su última página. Mientras tanto es la sabiduría moral la que habrá de asegurar la "paridad ante los jueces". Dios se ha encargado de enseñarlo en más de una oportunidad. Vale la pena aprenderlo.

AQUEL AMOR POR EL PUEBLO

Por Juan José Sebreli

El resurgimiento de la figura de Rosas comenzó desde el momento en que el nacionalismo populista sustituyó al liberalismo como ideología predominante. Los postulados de ese nacionalismo populista parecen estar hoy en el ocaso, por lo que la llegada de los restos de Rosas tiene más bien el significado de una ceremonia académica, de un homenaje de museo. De todos modos, conviene hacer algunas reflexiones sobre el mito que los populistas nacionalistas tejieron alrededor de la figura de Rosas. Comencemos con el mito de Rosas creador de una forma de democracia popular. El populismo utiliza la táctica de presentar a intelectuales como Sarmiento, pequeñoburgueses sin fortuna, como la "oligarquía de los doctores", desviando de ese modo la atención de la oligarquía real: los acaudalados patrones de estancia como Rosas y sus primos los Anchorena, que además también eran "doctores". En otras épocas, cuando el pensamiento de derecha no necesitaba pagar su tributo a la izquierda disfrazándose de populista, los historiadores rosistas, burgueses coherentes y conscientes como Saldías, Ibarguren o Irazusta, mostraban a Rosas como un hombre de "orden", como un conservador que defendía los intereses de las clases altas de Buenos Aires. A pesar de su ornamentación plebeya, el contenido de clase del rosismo es flagrante: los legisladores que eligieron a Rosas y votaron las Facultades Extraordinarias, así como los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, los principales funcionarios del gobierno y los que paseaban por las calles el retrato de Rosas, todos ellos pertenecían sin excepción a lo más granado de la oligarquía terrateniente.

En cuanto al "amor por el pueblo" de Rosas, debe recordarse que en 1819 encabezaba una comisión —Sociedad de Labradores y Hacendados— dedicada a la persecución de gauchos; que ya en el gobierno, por un decreto de 1830, suprimía la escuela pública y que por decreto de 1831 establecía nuevamente la esclavitud de los negros alegando que de ese modo se hacía "sentir a los desgraciados hijos de Africa, los beneficios de la civilización". Este argumento usado por los esclavistas y colonialistas de todos los tiempos no parece perturbar a nuestros populistas de hoy empeñados en mostrar a Rosas como un precursor del tercermundismo. Por otra parte, siendo la supresión de la esclavitud y la difusión de la enseñanza pública indispensables para el desarrollo capitalista, comprobamos la escasa visión que tuvo Rosas como propulsor de un incipiente capitalismo nacional y su sujeción a las caducas formas culturales precapitalistas.

Otro de los mitos populistas es el de la "independencia económica" supuestamente defendida por Rosas con el proteccionismo de la Ley de Aduanas. José María Rosa llegó a hablar de "socialismo de Rosas" y Juan Pablo Oliver califica al régimen rosista de "socialismo de Estado". Para ello es preciso ocultar que en 1830, Roxas y Patrón, portavoz de Rosas, defendió en la Legislatura el librecambio contra la posición proteccionista de Ferré, alegando que la ganadería era la principal actividad productiva del país y no tenía por qué solventar a la industria. En cuanto a la Ley de Aduanas de 1835, fue limitadamente proteccionista, benefició solamente a los artesanos e industriales de Buenos Aires y no a los del interior y además estuvo en vigencia sólo seis años, quedando sin efecto en 1841, después del bloqueo francés. Por otra parte fue impuesta en contra de la voluntad de legisladores rosistas, que sólo cedieron ante la presión de los pequeños industriales de Buenos Aires.

El argumento preferido de los populistas es el de la defensa de la "soberanía nacional" que convertía a Rosas en un líder antiimperialista. No les perturba demasiado a estos "antiimperialistas" y anglófobos rosistas el hecho de que Rosas haya elegido la embajada británica para refugiarse tras la derrota de Caseros, y un barco inglés para huir del país, que Inglaterra lo haya recibido con una salva de artillería como reconocimiento por la generosidad con que trató a los comerciantes ingleses, que permaneciera hasta su muerte en ese país donde gozó del tratamiento de un gobernante extranjero en ejercicio, frecuentó la alta sociedad inglesa y fue amigo de Baring, el de la firma Baring Brothers que es una de las bestias negras de nuestros nacionalistas. Tampoco les perturba a éstos el hecho de que fueran funcionarios de Rosas Carlos de Alvear, quien propuso en su momento el protectorado a los ingleses, y Manuel José García, artífice de la separacción del Uruguay. Rosas por su parte permitió durante su primer gobierno la invasión de las islas Malvinas y luego pretendió legalizar la conquista como pago de la deuda externa con Baring. Todos los ministros y agentes ingleses —Parish, Lord Ponsomby, Mendeville, Hood, Southern, Howdes— formaban parte de la Corte de Rosas y las obsecuencias de éste hacia los ingleses llegan a aspectos ridículos como los exagerados duelos por la muerte de los reyes ingleses, los permanentes homenajes oficiales a la reina Victoria, las condecoraciones al cónsul Parish. En el destierro Rosas llegó a sostener que el gobernante ideal para estas tierras era la princesa Alice, hija de la reina Victoria.

En cuanto al bloqueo no tuvo el carácter dramático que le dan los rosistas y fue como lo muestra el propio Saldías "un medio ingenioso para mantener un negocio más o menos lucrativo". Los comerciantes porteños allegados al gobierno comerciaban bajo cuerda con los bloqueadores. En 1845 Disraeli y Palmerston hablaron en el Parlamento a favor de Rosas y en contra del bloqueo en tanto que el agente inglés Howdes decía: "No hacemos más que bloquear a nuestro propio comercio". Todos los comerciantes ingleses residentes en el país se mostraron decididos adversarios del bloqueo y apoyaron a Rosas.

Me he referido exclusivamente a los aspectos que reivindican los rosistas, dejando de lado todos lo atinente a democracia política o violación de derechos humanos que no se cuentan entre los temas favoritos de aquéllos. Quedaría también por hacer una descripción del tipo peculiar de sociedad que creó el rosismo con la transformación de la política en religión, con la uniformización no sólo de las ideas sino de los hábitos y costumbres hasta en la indumentaria, con el control de los aspectos más íntimos de la vida privada, incluida la sexualidad —recuérdese el asesinato de Camila O'Gorman—, características todas éstas que lo convierten en un insólito precursor de los totalitarismos del siglo XX. Este aspecto ya había sido captado por Karl Vossler, quien en los años de ascenso del fascismo manifestó su interés por traducir el *Facundo* para que los europeos llegaran a comprender "lo que es en realidad la barbarie que anhelamos y a que aspiramos tantos de nosotros como a un baño de rejuvenecimiento: una mezcla de desolación, fastidio y terror".

Clausurar el pasado

Por Hilda Sábato

Rosas y Sarmiento nos miran desde la pantalla del televisor. Dos muertos ilustres, dos mitos revividos para consumar una operación mágica sobre el pueblo argentino, la que nos conduce a la llamada pacificación nacional. El mensaje es transparente: la división y la guerra han sido una constante en nuestra historia, desde los años de esos dos muertos hasta ayer nomás. El Gobierno insiste en hablar de guerra para referirse a la ofensiva del terrorismo de Estado de la década pasada y el presidente Menem afirmaba hace un par de días en Washington que cuando asumió el poder "la Argentina estaba al borde de una guerra civil".

El pasado ha sido, pues, la guerra. El presente es de reconciliación; el futuro, de paz. Con esta fórmula, la redención hoy se hace posible de la mano de un salvador, de un hombre que tan sólo con un gesto puede sellar el pasado y gestar la síntesis nacional, de aquel que resume en su persona a las víctimas y que por todos perdona. Sin modestias ni pudores el presidente Menem se ha arrogado ese papel: es el riojano generoso que el 11 de setiembre saluda a Sarmiento, es el preso de ayer que no guarda rencores para sus carceleros. En él se realiza la unión nacional, sólo él nos puede salvar de la disolución y de la guerra.

Su receta es muy simple: clausurar la historia con el "operativo Rosas" unido a la propuesta del indulto.

Pero, ¿de qué guerra estamos hablando? Si la Argentina no ha tenido guerra civil desde el siglo pasado, si los conflictos que nos dividen son los propios de una sociedad compleja y pluralista.

Desenterrar una y otra vez a Rosas y a Sarmiento, recorrer nuestro pasado lejano y reciente, reconocer los conflictos, encontrar las diferencias, recuperar la diversidad, democratizar la historia: éste es un desafío que no podremos encarar de la mano de ningún salvador.

DE URQUIZA A CARLOS MENEM

Por Horacio Verbitsky

Sólo dos esperanzas mitigaron sus 25 años de exilio: que le restituyeran sus propiedades y que "en mi Patria se reconozca y acuerde *por el gobierno* la justicia debida a mis servicios". Para que ello ocurriera hubieron de transcurrir otros 112 años, que sus restos pasaron en el cementerio católico de Southampton, en "una sepultura moderada, sin lujo de clase alguna, pero sólida, decente y segura", como Juan Manuel Ortiz de Rozas y López mandó en su testamento.

Sus ilusiones políticas descansaban en Urquiza, el compañero desleal que una vez después de derrocarlo le mandó mil libras. Pero su ingenuidad se detenía allí, y nunca fabuló volver a San Benito, en ese Palermo que cantó sus glorias con cadencias africanas. Cuando sus amigos planeaban el retorno, los desautorizó: él, que jamás había conspirado, que llegó al poder sin proponérselo, sólo porque no pudo evitarlo, porque no se elige ser un caudillo, no se prestaría como bandera en una conjura "contra las autoridades de mi país".

Del país al que ayer regresó había salido luego de Caseros, el 3 de febrero de 1852, con unos pocos pesos. Por suerte el *Conflict*, con una caldera averiada, recaló en Bahía; un sastre brasileño subió al barco y lo vistió. De otro modo, ¿cómo hubiera podido recibir la salva de cañonazos que al llegar a Plymouth saludó al Restaurador de las Leyes? Cargaba consigo baúles misteriosos, propicios a la leyenda: allí iban sus papeles, todos los documentos que más tarde permitieron reconstruir los años de su gobierno. En Inglaterra vivió temeroso de que le robaran esos sus únicos tesoros, porque había entendido como nadie el valor de la información. Cada vez que crujía una puerta, al primer ladrido de sus perros Soto y Gulót, empuñaba sus pistolas fierro del Tucumán para recibir al intruso.

En la Legislatura de Buenos Aires sus enemigos unitarios habían vuelto al poder por la inesperada alianza con Urquiza. Gobernaba la provincia Vicente López y Planes, viejo juez rosista, autor de coplas obsecuentes. Su mano, guiada por Valentín Alsina, firmó el decreto de confiscación. Urquiza intercedió por su viejo amigo "arrojado al otro hemisferio y reducido a implorar asilo en país extraño". Cansado de los doctores, el general Urquiza terminó por disolver la Legislatura y anular la confiscación. Sólo hubo tiempo para vender la estancia San Martín, por cien mil pesos fuertes. Una vez que acabó con Rosas, el brazo de Urquiza había dejado de ser necesario. Ninguno de los dos bárbaros merecían vivir en la Nueva Atenas. Un cuartelazo empujó a Urquiza y "los 13 ranchos" hasta Paraná y reimplantó la confiscación sobre los bienes de Rosas. Por un lado Buenos Aires, por otro la Confederación.

En 1853 se instaló en *Rockstone House*, en el centro de Southampton, y arrendó *Burgess Farm*, a cinco kilómetros de la ciudad. Aceptó de pésimo humor el casamiento de Manuelita, de 36 años, con su eterno novio Máximo Terrero, pero no concurrió a la boda ni quiso aceptarlos más a su lado, salvo una visita anual. Los tres ranchos de *Burguess Farm*, que techó con paja y cicuta, blanqueados por fuera y con un pequeño jardín al frente, semejaban una estancia bonaerense, con sus galpones, corrales, bebederos, enramada, palenque y la escalera fija en el alero para mirar a los animales en el crepúsculo: unas pocas vacas, cabras, ovejas, cerdos y gallinas, desparramados entre una buena arboleda y algunas cuadras sembradas.

Rosas salía a las siete a recorrer sus tierras en una yegua domada por su mano. Sus peones cobraban salario doble y el anciano se jactaba de que rendían más que los de cualquier propietario inglés "porque yo levanto la azada a la par que ellos". Las manos callosas eran su mayor vanagloria. A menudo, en un torpe inglés con el que sólo transigía su criada Mary Ann, procuraba persuadir a los peones de las ventajas del mate sobre el té. Hasta el final se mantuvo ágil y robusto, con la frente despoblada de pelo. Sobre la camisa, chaleco de piel y pañuelo, se echaba un poncho de vicuña comprado en 1817. Calzaba botas ordinarias, con grandes espuelas de plata, y un cinturón gaucho le ceñía la cintura. Se afeitaba una vez por semana.

A las 12 reingresaba a su estudio-dormitorio. Dos ventanas daban buena luz a la mesa, atiborrada de libros y papeles, con una punta libre para su sobrio almuerzo. Estanterías caseras, cargadas de libros, rodeaban la habitación. Sobre la chimenea lucían dos relojes y una imagen de su Señora de las Mercedes. La cama, ancha, estaba adosada a la pared, junto a la puerta de un pequeño retrete. En el suelo se desacomodaban varias maletas y paquetes con su archivo. Tres sillas, y una jaula en la que vociferaba el loro Blagard, completaban la estancia.

A las cinco terminaba las faenas de la tarde, se sentaba al escritorio hasta desgastar con anotaciones de letra elegante los lápices que Mary Ann disponía a su alcance. Así redactó su *Vindicación del gobierno de Juan Manuel de Rosas*, respuesta a la pena de muerte y a la nueva confiscación decididas por los porteños en 1857, y sus tres tratados: *La ley pública, La religión* y *La medicina*. A las diez preparaba su comida y se acostaba, "solo, en la cárcel de mis pensamientos".

Hasta Pavón, en 1861, pensó que Urquiza terminaría con los porteños, sus enemigos comunes. Pero Urquiza no quiere pelear, se ha hecho hombre de orden, respetuoso del capital extranjero. Asiste impávido al martirio de Paysandú, a la agonía de Paraguay, el país más avanzado de América, demolido por la Triple Alianza. Sarmiento azuza a Mitre para "hacer útil al país la sangre de los gauchos, lo único que tienen de humano". El sanjuanino dirige la "guerra de policía", y sus ejércitos entran a sangre y fuego en las provincias. El Chacho es degollado, su cabeza exhibida en una pica. Urquiza, que consiente todo mientras los pueblos esperan su reacción, muere asesinado. A Rosas no le extraña: "Pasó todo el poder a sus enemigos, con funesto perjuicio a los que seguían de buena fe su política. Le dije que su vida y su fortuna no estaban seguras si permanecía en la provincia entrerriana. Que yo, en su caso, reduciría a dinero mis propiedades y lo pondría en el Banco de Inglaterra".

A fines de 1876, Rosas escribe a Manuelita: "Triste siento decirte que las (dos últimas) vacas ya no están en este *farm*. Dios sabe lo que dispone, y el placer que sentía al verlas en el *field*, llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y el enviar a ustedes la manteca. Las he vendido por 27 libras, y si más hubiera esperado, menos hubieran ofrecido". Está por cumplir 84 años y contrae una pulmonía, su primera enfermedad. El médico John Wibblin manda llamar a Manuelita a Londres. La agonía se extiende cinco días y seis horas. Está por terminar el invierno. El 14 de marzo, a las seis de la mañana, ella le pregunta cómo se siente. Rosas le contesta: "No sé niña". Y muere.





RACIÓN ARGENTINA!
ALVAJES UNITARIOS!
de Infantería de Buenos Aires
A DE ROSAS Y EZCURRA,
... del mes de América de 1842.

AQUEL AMOR POR EL PUEBLO

Por Juan José Sebreli

El resurgimiento de la figura de Rosas comenzó desde el momento en que el nacionalismo populista sustituyó al liberalismo como ideología predominante. Los postulados de ese nacionalismo populista parecen estar hoy en el ocaso, por lo que la llegada de los restos de Rosas tiene más bien el significado de una ceremonia académica, de un homenaje de museo. De todos modos, conviene hacer algunas reflexiones sobre el mito que los populistas nacionalistas tejieron alrededor de la figura de Rosas. Comencemos con el mito de Rosas creador de una forma de democracia popular. El populismo utiliza la táctica de presentar a intelectuales como Sarmiento, pequeñoburgueses sin fortuna, como la "oligarquía de los doctores", desviando de ese modo la atención de la oligarquía real: los acaudalados patrones de estancia como Rosas y sus primos los Anchorena, que además también eran "doctores". En otras épocas, cuando el pensamiento de derecha no necesitaba pagar su tributo a la izquierda disfrazándose de populista, los historiadores rosistas, burgueses coherentes y conscientes como Saldías, Ibarguren o Irazusta, mostraban a Rosas como un hombre de "orden", como un conservador que defendía los intereses de las clases altas de Buenos Aires. A pesar de su ornamentación plebeya, el contenido de clase del rosismo es flagrante: los legisladores que eligieron a Rosas y votaron las Facultades Extraordinarias, así como los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, los principales funcionarios del gobierno y los que paseaban por las calles el retrato de Rosas, todos ellos pertenecían sin excepción a lo más granado de la oligarquía terrateniente.

En cuanto al "amor por el pueblo" de Rosas, debe recordarse que en 1819 encabezaba una comisión —Sociedad de Labradores y Hacendados— dedicada a la persecución de gauchos; que ya en el gobierno, por un decreto de 1830, suprimía la escuela pública y que por decreto de 1831 establecía nuevamente la esclavitud de los negros alegando que de ese modo se hacía "sentir a los desgraciados hijos de Africa, los beneficios de la civilización". Este argumento usado por los esclavistas y colonialistas de todos los tiempos no parece perturbar a nuestros populistas de hoy empeñados en mostrar a Rosas como un precursor del tercermundismo. Por otra parte, siendo la supresión de la esclavitud y la difusión de la enseñanza pública indispensables para el desarrollo capitalista, comprobamos la escasa visión que tuvo Rosas como propulsor de un incipiente capitalismo nacional y su sujeción a las caducas formas culturales precapitalistas.

Otro de los mitos populistas es el de la "independencia económica" supuestamente defendida por Rosas con el proteccionismo de la Ley de Aduanas. José María Rosa llegó a hablar de "socialismo de Rosas" y Juan Pablo Oliver califica al régimen rosista de "socialismo de Estado". Para ello es preciso ocultar que en 1830, Roxas y Patrón, portavoz de Rosas, defendió en la Legislatura el librecambio contra la posición proteccionista de Ferré, alegando que la ganadería era la principal actividad productiva del país y no tenía por qué solventar a la industria. En cuanto a la Ley de Aduanas de 1835, fue limitadamente proteccionista, benefició solamente a los artesanos e industriales de Buenos Aires y no a los del interior y además estuvo en vigencia sólo seis años, quedando sin efecto en 1841, después del bloqueo francés. Por otra parte fue impuesta en contra de la voluntad de legisladores rosistas, que sólo cedieron ante la presión de los pequeños industriales de Buenos Aires.

El argumento preferido de los populistas es el de la defensa de la "soberanía nacional" que convertía a Rosas en un líder antiimperialista. No les perturba demasiado a estos "antiimperialistas" y anglófobos rosistas el hecho de que Rosas haya elegido la embajada británica para refugiarse tras la derrota de Caseros, y un barco inglés para huir del país, que Inglaterra lo haya recibido con una salva de artillería como reconocimiento por la generosidad con que trató a los comerciantes ingleses, que permaneciera hasta su muerte en ese país donde gozó del tratamiento de un gobernante extranjero en ejercicio, frecuentó la alta sociedad inglesa y fue amigo de Baring, el de la firma Baring Brothers que es una de las bestias negras de nuestros nacionalistas. Tampoco les perturba a éstos el hecho de que fueran funcionarios de Rosas Carlos de Alvear, quien propuso en su momento el protectorado a los ingleses, y Manuel José García, artífice de la separación del Uruguay. Rosas por su parte permitió durante su primer gobierno la invasión de las islas Malvinas y luego pretendió legalizar la conquista como pago de la deuda externa con Baring. Todos los ministros y agentes ingleses —Parish, Lord Ponsomby, Mendeville, Hood, Southern, Howdes— formaban parte de la Corte de Rosas y las obsecuencias de éste hacia los ingleses llegan a aspectos ridículos como los exagerados duelos por la muerte de los reyes ingleses, los permanentes homenajes oficiales a la reina Victoria, las condecoraciones al cónsul Parish. En el destierro Rosas llegó a sostener que el gobernante ideal para estas tierras era la princesa Alice, hija de la reina Victoria.

En cuanto al bloqueo no tuvo el carácter dramático que le dan los rosistas y fue como lo muestra el propio Saldías "un medio ingenioso para mantener un negocio más o menos lucrativo". Los comerciantes porteños allegados al gobierno comerciaban bajo cuerda con los bloqueadores. En 1845 Disraeli y Palmerston hablaron en el Parlamento a favor de Rosas y en contra del bloqueo en tanto que el agente inglés Howdes decía: "No hacemos más que bloquear a nuestro propio comercio". Todos los comerciantes ingleses residentes en el país se mostraron decididos adversarios del bloqueo y apoyaron a Rosas.

Me he referido exclusivamente a los aspectos que reivindican los rosistas, dejando de lado todos lo atinente a democracia política o violación de derechos humanos que no se cuentan entre los temas favoritos de aquéllos. Quedaría también por hacer una descripción del tipo peculiar de sociedad que creó el rosismo con la transformación de la política en religión, con la uniformización no sólo de las ideas sino de los hábitos y costumbres hasta en la indumentaria, con el control de los aspectos más íntimos de la vida privada, incluida la sexualidad —recuérdese el asesinato de Camila O'Gorman—, características todas éstas que lo convierten en un insólito precursor de los totalitarismos del siglo XX. Este aspecto ya había sido captado por Karl Vossler, quien en los años de ascenso del fascismo manifestó su interés por traducir el *Facundo* para que los europeos llegaran a comprender "lo que es en realidad la barbarie que anhelamos y a que aspiramos tantos de nosotros como a un baño de rejuvenecimiento: una mezcla de desolación, fastidio y terror".

...LOS MENEM

botas ordinarias, con grandes espuelas de plata, y un cinturón gaucho le ceñía la cintura. Se afeitaba una vez por semana.

A las 12 reingresaba a su estudio-dormitorio. Dos ventanas daban buena luz a la mesa, atiborrada de libros y papeles, con una punta libre para su sobrio almuerzo. Estanterías caseras, cargadas de libros, rodeaban la habitación. Sobre la chimenea lucían dos relojes y una imagen de su Señora de las Mercedes. La cama, ancha, estaba adosada a la pared, junto a la puerta de un pequeño retrete. En el suelo se desacomodaban varias maletas y paquetes con su archivo. Tres sillas, y una jaula en la que vociferaba el loro Blagard, completaban la estancia.

A las cinco terminaba las faenas de la tarde, se sentaba al escritorio hasta desgastar con anotaciones de letra elegante los lápices que Mary Ann disponía a su alcance. Así redactó su *Vindicación del gobierno de Juan Manuel de Rosas*, respuesta a la pena de muerte y a la nueva confiscación decididas por los porteños en 1857, y sus tres tratados: *La ley pública, La religión* y *La medicina*. A las diez preparaba su comida y se acostaba, "solo, en la cárcel de mis pensamientos".

Hasta Pavón, en 1861, pensó que Urquiza terminaría con los porteños, sus enemigos comunes. Pero Urquiza no quiere pelear, se ha hecho hombre de orden, respetuoso del capital extranjero. Asiste impávido al martirio de Paysandú, a la agonía de Paraguay, el país más avanzado de América, demolido por la Triple Alianza. Sarmiento azuza a Mitre para "hacer útil al país la sangre de los gauchos, lo único que tienen de humano". El sanjuanino dirige la "guerra de policía", y sus ejércitos entran a sangre y fuego en las provincias. El Chacho es degollado, su cabeza exhibida en una pica. Urquiza, que consiente todo mientras los pueblos esperan su reacción, muere asesinado. A Rosas no le extraña: "Pasó todo el poder a sus enemigos, con funesto perjuicio a los que seguían de buena fe su política. Le dije que su vida y su fortuna no estaban seguras si permanecía en la provincia entrerriana. Que yo, en su caso, reduciría a dinero mis propiedades y lo pondría en el Banco de Inglaterra".

A fines de 1876, Rosas escribe a Manuelita: "Triste siento decirte que las (dos últimas) vacas ya no están en este *farm*. Dios sabe lo que dispone, y el placer que sentía al verlas en el *field*, llamarme, ir a mi carruaje a recibir alguna ración cariñosa por mis manos, y el enviar a ustedes la manteca. Las he vendido por 27 libras, y si más hubiera esperado, menos hubieran ofrecido". Está por cumplir 84 años y contrae una pulmonía, su primera enfermedad. El médico John Wibblin manda llamar a Manuelita a Londres. La agonía se extiende cinco días y seis horas. Está por terminar el invierno. El 14 de marzo, a las seis de la mañana, ella le pregunta cómo se siente. Rosas le contesta: "No sé niña". Y muere.

Clausurar el pasado

Por Hilda Sábato

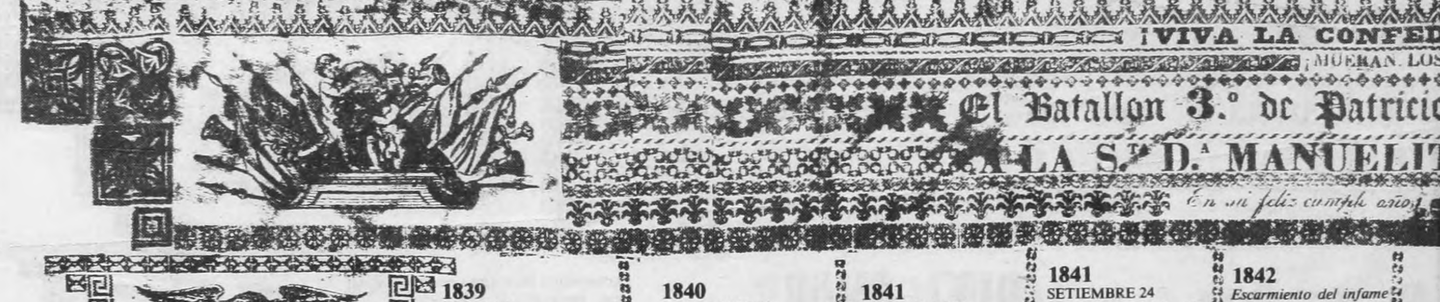
Rosas y Sarmiento nos miran desde la pantalla del televisor. Dos muertos ilustres, dos mitos revividos para consumar una operación mágica sobre el pueblo argentino, la que nos conduce a la llamada pacificación nacional. El mensaje es transparente: la división y la guerra han sido una constante en nuestra historia, desde los años de esos dos muertos hasta ayer nomás. El Gobierno insiste en hablar de guerra para referirse a la ofensiva del terrorismo de Estado de la década pasada y el presidente Menem afirmaba hace un par de días en Washington que cuando asumió el poder "la Argentina estaba al borde de una guerra civil".

El pasado ha sido, pues, la guerra. El presente es de reconciliación; el futuro, de paz. Con esta fórmula, la redención hoy se hace posible de la mano de un salvador, de un hombre que tan sólo con un gesto puede sellar el pasado y gestar la síntesis nacional, de aquel que resume en su persona a las víctimas y que por todos perdona. Sin modestias ni pudores el presidente Menem se ha arrogado ese papel: es el riojano generoso que el 11 de setiembre saluda a Sarmiento, es el preso de ayer que no guarda rencores para sus carceleros. En él se realiza la unión nacional, sólo él nos puede salvar de la disolución y de la guerra.

Su receta es muy simple: clausurar la historia con el "operativo Rosas" unido a la propuesta del indulto.

Pero, ¿de qué guerra estamos hablando? Si la Argentina no ha tenido guerra civil desde el siglo pasado, si los conflictos que nos dividen son los propios de una sociedad compleja y pluralista.

Desenterrar una y otra vez a Rosas y a Sarmiento, recorrer nuestro pasado lejano y reciente, reconocer los conflictos, encontrar las diferencias, recuperar la diversidad, democratizar la historia: éste es un desafío que no podremos encarar de la mano de ningún salvador.



1839
MARZO 31
Completo triunfo de Pago-Largo sobre las hordas inmundas del salvaje unitario, traidor Berón de Astrada.

1840
NOVIEMBRE 28
Espléndido y glorioso triunfo del Quebrachito sobre el feroz cabecilla y salvaje unitario Juan Lavalle.

1841
SETIEMBRE 19
Derrota final del impío, feroz y salvaje unitario Juan Lavalle, en el Río Colorado, provincia de Tucumán.

1841
SETIEMBRE 24
Memorable triunfo obtenido en el Rodeo del Medio, provincia de Mendoza, sobre los restos impuros de los salvajes unitarios, capitaneados por el insigne traidor, emvilecido pikon La-Madrid.

1842
Escarmiento del infame y cobarde pelafustán Mascarilla, en la provincia de Santa Fe.

Coro
Cantemos Patricios
todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dió!
1ª
Manuelita Bella,
Nacer te miró
El Mayo que glorias
a América dio.
Su sol te saluda
Gozoso y risueño
Mirando halagüeño
Su hija idolatrada,
Que hoy es adorada
Del pueblo porteño
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dio!
2ª
Las Gracias envidian
Tu aire placentero
Mirando con ceño
Tu talle hechicero.
Al cielo sus quejas
Elevando airadas,
Piden ser vengadas:
Mas el sol de Mayo,
Fulmina sus rayos
y quedan burladas
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
que Mayo nos dio!
3ª
Madre afortunada
Que del alto Cielo
A tu Manuelita
Miras con anhelo
No turbe la pena
Tu feliz morada:
Tu hija idolatrada
Imita a su madre
Y de un tierno padre
Está acompañada
Coro
Cantemos Patricios
Todos a una voz:
¡Viva la Porteña
Que Mayo nos dio!
4ª
Doncellas hermosas
Del plateado río
Unid vuestro canto
A la par del mío
Saludad gozozas
A la más Bonita;
Su día os incita
A decir cantando
Y orgullo ostentando,
¡Viva MANUELITA!

LA OTRA TUMBA

Por José Pablo Feinmann

Por *qué no lo trajo Uriburu?* Porque Uriburu era —y sobre todo lo era para los historiadores revisionistas— la encarnación presente de Rosas. Pero traerlo, ¿para qué? A Uriburu no le venía mal la lejanía de Rosas. Desde el pasado, el Restaurador legitimaba al golpista del '30 como la sombra negada y fuerte cuya fuerza era necesario aplicar ahora a la conducción de la República. Traerlo, para Uriburu, hubiera sido un exceso, una superposición de hombres fuertes, un abundamiento perjudicial, ante todo, para él, para Uriburu, ya que él era Rosas, ya que él era el hombre fuerte, ya que él haría la *dictadura trascendental* que Carlos Ibarguren había encontrado en Rosas y reclamaba en el presente, ya que él, Uriburu, era el hombre de la espada anunciada por Lugones, ya que él sería el Restaurador de los valores morales desquiciados por la "demagogia yrigoyenista". Si él, entonces, era Rosas, ¿para qué traerlo? De este modo, Uriburu, al encarnarlo, requería la lejanía, el destierro de Rosas, la vigencia de la maldición de Mármol: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá".

¿Por qué no lo trajo Perón? Porque Perón no se metió con nuestras contiendas historiográficas, con nuestro pasado irresuelto. Pragmático y sarcástico, solía decir: "Bastantes problemas tengo con los vivos. ¿Para qué me voy a meter con los muertos?" Y, en efecto, no se metió. Los ferrocarriles nacionalizados llevaron los nombres de los héroes de la historiografía liberal. De los que habían tramado con las líneas ferroviarias un país centralista y macrocefálico. Se llamaron, los ferrocarriles, Mitre, Sarmiento, Roca. Nada que ver con el revisionismo. Sólo en algún pasaje de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* habla Perón de una línea anglosajona y de una línea hispánica en nuestra historia, atribuyéndole a la primera, claro está, la causa de todas nuestras perversiones.

¿Por qué no lo trajo Frondizi? Porque Rosas jamás entró en los laberintos de su pragmatismo político, ese pragmatismo que le ganó el mote excesivo, por lo laudatorio, de "Maquiavelo". En suma: Frondizi no lo trajo porque nunca se le presentó la oportunidad de *negociar* su regreso. Si a cambio de ese regreso hubiese alguna vez obtenido algo, Rosas, en medio de oscurísimas y bastardas negociaciones, hubiera vuelto con Frondizi. No fue así.

¿Por qué no lo trajo Onganía? Porque Onganía era un tenaz dictador como Uriburu, y también era un "hombre fuerte" que no quería sombras, pero no era un fascista. O sí: lo era, pero no en el estilo claro y directo de Uriburu. Era un general cursillista, un socio menor del Pentágono, un agente de la Seguridad Nacional. Era, coherentemente, un militar al servicio de la oligarquía liberal argentina, que detesta a Rosas y es la que custodia el cumplimiento de la *maldición* de Mármol. ¿Cómo habría entonces de inquietarla Onganía con los huesos del Restaurador? Además —y he aquí el motivo esencial— traer a Rosas, para Onganía, hubiera sido abrir el espacio histórico-político para traerlo a Perón, y esto, durante los años sesenta, era tan impensable para el país burgués que produjo la célebre frase de Cooke: "El peronismo es el hecho maldito del país burgués". Y Rosas seguía siendo el hecho maldito de la historia argentina.

¿Por qué no lo trajo Lanusse? Porque el regreso que desvelaba a Lanusse era otro. No el de Rosas, sino el de Perón. Y Rosas ni siquiera le hubiera servido para abrir el espacio del regreso de Perón, ya que este regreso, el de Perón, era tan esencial para Lanusse, hasta tal punto ocupaba el centro de su estrategia política, que nada lo hubiera llevado a opacarlo con otro. En suma, Lanusse gobernó para *negociar* el regreso de Perón, para acabar con *este* hecho maldito, y no con el que maldijo Mármol.

¿Por qué no lo trajo el Perón herbívoro del '73? Porque Perón seguía sin querer meterse con los muertos. Y porque, en verdad, tenía demasiados problemas con los vivos en el '73. Porque Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubiera sido un estruendo más en un país sacudido a diario por estruendos innumerables. Porque Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubiera despertado furiosas polémicas. Hubiera activado los odios, la dialéctica entre la sangre y la venganza por la sangre derramada; en suma: la violencia. Porque a Rosas, en la Argentina caliente del '73, hubieran ido a recibirlo los Montoneros y el Comando de Organización. Y si el regreso de Perón había producido *Ezeiza*, ¿qué no produciría el de Rosas? De modo que Rosas debía seguir allí, infamado en Southampton, no por la maldición de Mármol ahora, sino por la Argentina caliente y violenta del '73, ya que esta Argentina no podía permitirse *dos* regresos. Sólo con el de Perón había corrido ya *demasiada* sangre. Pero, en su forma caótica y letal, esa Argentina del '73 hubiera recibido a Rosas con algo impensable en este regreso de hoy: lo hubiera recibido en medio de una vorágine de ideas, discutiendo, polemizando. Lo hubiera recibido con pasión. Lo hubiera recibido desde diversos y antagónicos espacios políticos que se abrían interminablemente.

¿Por qué no lo trajo Videla? Porque Videla, como Onganía, fue el brazo armado de la oligarquía liberal y financiera, un socio menor del Pentágono, un agente de la Seguridad Nacional. Y porque el "Proceso de reorganización nacional", en medio de sus mortíferos y grandilocuentes desvaríos, se llamó así porque se imaginó como una nueva generación del '80, y si aquéllos habían hecho la "organización nacional", éstos harían la "reorganización". Pero ninguno traería a Rosas, ya que los "reorganizadores" asumirían la maldición de Mármol con tanta convicción como quienes, según ellos, los habían prefigurado, es decir: como los organizadores del '80. Y, en fin, porque el general Jorge Rafael Videla y sus ideólogos no pensaban en Rosas cuando decían que la derrota de la "subversión apátrida" tenía el mismo valor fundacional que la expedición al desierto. Pensaban en Roca, el brazo armado de la generación del '80.

¿Por qué no lo trajo Alfonsín? Porque este abogado de Chascomús es, ante todo y después de todo, esto, es decir: un abogado de Chascomús, lugar del que surgió la rebelión antirrosista de "los libres del sur", esos ganaderos disconformes. Y porque los radicales entienden poco y mal las cuestiones profundas del siglo XIX en la Argentina. Para ellos, todo empieza con la caída de Yrigoyen y el golpe de Uriburu. Y cuando hablan del siglo XIX... balbucean obedientemente la dogmática escolar. Se prefiguran en Sarmiento, tan modernizador él, en el siglo XIX, como imaginaron serlo ellos en el XX. Así, lineales, dogmáticos, obsecuentes, mantienen la maldición de Mármol. ¿Por qué, entonces, estos demócratas habrían de traer a Rosas? En noviembre de 1984, en la revista *Humor*, publiqué una larga nota con un título explícito: "¿Habrá democracia para Rosas?" No la hubo.

¿Qué Rosas vuelve? ¿El proteccionista de la Ley de Aduanas de 1835? ¿El que, según Sarmiento, hacía "el mal sin pasión"? ¿El que, según Alberdi, representó, tal como lo habían representado Moreno y Rivadavia y tal como lo representarían Mitre y Sarmiento, el centralismo porteño, el poder de la Aduana, la "ambición ininteligente de Buenos Aires"? ¿El señor feudal? ¿El patrón paternal y precapitalista? ¿El héroe de la Vuelta de Obligado?

¿Por qué lo trae Menem? Porque Rosas, el maldecido, le servirá para terminar con todas las maldiciones. De este modo, entre la compleja trama de la *unidad nacional*, es necesario que Rosas vuelva para que los comandantes salgan. Si se elimina el *espacio de la maldición* —y el retorno de Rosas es imprescindible para esto— se abre el *espacio del indulto*.

¿Qué ocurrirá? Nada. Habrá actos oficiales. Algún cura dirá algo. Y luego lo enterrarán otra vez. Hoy, la historia se hace como Sarmiento decía que Rosas hacía el mal, sin pasión. Hoy, Rosas no avivará las polémicas ni agitará las ideas. El país que lo recibe —inmenso en la tibieza, en la incertidumbre y hasta en la impavidez— no ha generado aún espacios políticos diferenciados ni una praxis intelectual capaz de enfrentar la inagotable complejidad histórica y política del infamado de Southampton. La maldición de Mármol ha concluido.

